

frívola maledicencia en aquel mar de habladurías. En aquella red de chismes y de cuestiones ociosas no se encuentra jamás ni un átomo de inteligencia». ⁽¹⁾

9. El Humanismo desprecia el último fin del hombre. En este concepto es muy inferior á la antigüedad.

—Saben perfectamente en el mundo que la civilización fundada en el moderno Humanismo está completamente agusanada y podrida; testigos los tísicos que, como Leopardi, se quejan sin cesar; los neuróticos que, con Félix Dærmann dicen de sí mismos: «Amo á todo el que está enfermo»; los siniestros hombres buhos, que con Stuckenberg, se complacen en ser «Profetas de la muerte»; los censores literarios del género de Ibsen; los demolidores sin tregua como Lasalle y Ravachol; en una palabra, todos los espíritus, todas las escuelas, todas las sectas y todos los partidos que imprimen su carácter á nuestra época.

El único punto difícil es encontrar la razón de esto; no porque sea imposible descubrir esa razón, sino porque el mundo no quiere conocerla, ó en todo caso, confesarla. No consiste en que toda aquella tendencia no quiera seguir el verdadero, ó por mejor decir, el único fin posible de todo progreso humano. Enseñando al hombre á excluir á Dios de su pensamiento y de sus aspiraciones, hace de él, que por sus disposiciones naturales crecería recto como una palmera si se elevase hacia la luz del sol, un pobre abetillo nudoso y desmirriado, cuyas raíces se arrastran penosamente por el suelo, ó un cardo cuya cabeza no presenta más que espinas. Obrando así, quedan fallidos sus propósitos; é inútil sería detenernos en este punto que hemos tratado ya en otra parte. ⁽²⁾

Allí hemos probado también el hecho histórico de que el moderno Humanismo no alcanza ni la cultura intelectual, ni la satisfacción íntima de que gozó la antigüedad, siquiera hayan sido aquéllas escasas; y la razón es que los antiguos aspiraban al fin más alto, á Dios, aunque no le

(1) Puschkin, 7, 48.
(2) Vol., II, Conf., XII.

conociesen claramente; en tanto que nuestro tiempo le evita por sistema. Consideraban los antiguos el respeto á Dios como el primer deber y la primera virtud del hombre, tanto en la vida privada como en la pública; al que faltaba á ese deber se le declaraba infame é indigno de frecuentar el trato de los hombres, y se le privaba de los derechos de ciudadanía. No había, según ellos, incredulidad enteramente exenta de culpa; la impiedad era siempre consecuencia de la falta de moralidad, y casi siempre del orgullo, ó de algún otro crimen moral. Lleno de esa convicción, canta Píndaro: «Insultar á los dioses es aborrecible sabiduría; semeja locura glorificarse». ⁽¹⁾ La época moderna se irrita ó se sonríe ante esos conceptos, pues ve en la incredulidad una señal de fuerza moral y de educación intelectual superiores. No retrocede ante la blasfemia de que la idea de Dios constituye una sombría pesadilla para la humanidad, alejándola del verdadero progreso. Ante todo, dice, hay que suprimir á Dios: «Entonces el hombre se elevará á la omnipotencia y á la suprema sabiduría». ⁽²⁾

Los antiguos habían conservado tanto amor á la verdad que, con Eurípides, gritaban á quien deseaba librarse del pecado, ó se quejaba cuando sufría el castigo: «No es la divinidad el autor de tu mal, sino tú mismo». ⁽³⁾

Encontramos por el contrario perfectamente natural que Reinhold Lenz escriba á Federica Brion, una de tantas mujeres como Goethe hizo á la vez célebres y desgraciadas: «No soy yo la causa de esos hechos; no soy ni seductor ni engañoso; el cielo tiene la culpa; sólo él puede poner término á esos males». ⁽⁴⁾

Las miras del mundo antiguo y las del moderno difícilmente podrían ser más diferentes de lo que realmente son; pero no son menos diferentes los resultados, que no honran ciertamente á la humanidad moderna.

(1) Pindare, *Ol.*, IX, 38 y sig.
(2) Jordán, *Demiurgos*, II, 157.
(3) Eurip., *Fragm.*, 135 (Wagner).
(4) Düntzer, *Frauenbilder aus Goethes Jugendzeit*, 65.

En la India pagana, cuya molicie nos complacemos tanto en reprochar, se tiende á convertir al hombre en un autócrata con esta soberbia doctrina: «Para vencer á los demás, empieza por triunfar de ti mismo. Si tú eres indomable ¿cómo quieres reducirlos á tu voluntad?» (1)

En la Europa saturada de Cristianismo, y que se vanagloria de haber encontrado el camino hacia una fuerza moral antes desconocida, rechazando una religión que llaman femenina, en el siglo XIX, Alfredo Meissner se atreve á presentarnos el ejemplo de París para enseñarnos la filosofía de la vida ligera, y recomienda que no se tome demasiado en serio el cumplimiento del deber, y evitar los efectos de una abnegación sombría. (2)

Los griegos, no obstante la lijereza de su vida, admiraban la ciencia de Pitágoras, enseñando á sus discípulos que es imposible llegar á la sabiduría sin ascetismo, y que la verdadera adoración de Dios y la verdadera sabiduría consisten en purificar nuestra alma de toda mancha moral. (3) Los romanos admiraban el principio en que Epicteto resume toda su filosofía: *abstine et sustine*. (4) Ahora Grant Allen se atreve á decir que el ascetismo es el enemigo de la humanidad, que ni el sacrificio ni la abnegación pueden hacer bueno al hombre, sino solamente el hedonismo. El sombrío pasado había dicho: Sé virtuoso, y serás feliz; nosotros, por el contrario, deberíamos decir: Empieza desde luego por ser feliz, y naturalmente después serás virtuoso. (5)

Toda la antigüedad tenía esta convicción: «El que peca es peor que el animal, dice Aristóteles, porque ser animal es un mal menor que ser perverso». (6) La época moderna profesa por el contrario este principio; que quien no pue-

(1) D'après Fritze, *Indische Sprüche*, 54.

(2) Alfredo Meissner, *Gedichte*, (5) 268.

(3) Pitág., *Sent.*, 96 (Mullach., *Frag. phil. Gr.*, I, 493).

(4) Epictet, *Frag.*, 179. Aulu-Gellius, 17, 19.

(5) *Fortnightly Review*, March, 1894. *Review of Review*, IX, 398, 490, *Religious Review of Review*, 1894, 172, 280.

(6) Aristot., *Eth.*, 7, 6 (7), 7.

de pecar, no es un hombre, ni un carácter, pues, dice Jorge Sand, «la virtud consiste en desafiar la vergüenza.» (1)

10. El Humanismo niega la corrupción de la naturaleza humana.—Tenemos en esto una prueba de que el hombre, la humanidad, la civilización, la vida privada como la pública no pueden separarse de Dios sin menoscabar la naturaleza humana, y sin decaer desde el punto de vista moral; se comprende que la incredulidad procure sincerarse de admitir este principio, pero son inútiles sus esfuerzos.

El lenguaje ordinario suministra ya pruebas de la verdad de lo que acabamos de decir. Por impiedad y ateísmo se entiende en todas partes, no sólo un estado negativo, en el cual simplemente el espíritu se separó de Dios, sino una tendencia positiva hacia el mal. La palabra *impiedad* significa un grado especial de depravación.

Esta manera de pensar y de expresarse la humanidad responde á la situación real del género humano. Si el hombre fuese bueno y no estuviese corrompida su naturaleza, no se comprende por qué el separarse de Dios es adherirse inevitablemente al mal. Ciertamente que sería un pecado el separarse de Dios; pero en este caso, ese pecado negativo no llevaría necesariamente consigo un mal positivo. Pero que el hombre no pueda detenerse en el simple alejamiento de Dios; que ese alejamiento sea también, por naturaleza, encaminarse hacia algo malo, hacia el orgullo, hacia la idolatría de sí mismo, hacia la mentira, hacia la hipocresía ó hacia alguna cosa semejante, se explica por la razón de que la naturaleza del hombre está corrompida.

Por naturaleza, el hombre no es lo que debería ser. El mal dormita en él; ¡no! desgraciadamente no dormita; la naturaleza humana hizo un pacto con él y atisba la primera ocasión de identificar su causa con la suya. Sólo encaminándose á Dios puede ser debilitada, pero no aniquilada enteramente aquella tendencia hacia el mal. El temor

(1) Sand. *Lelia*, 34.

de Dios es el único freno capaz de domeñar la naturaleza corrompida. Si se descuida el refrenar, no hay poder capaz de detener sus perfidias, y así es como, de bueno ó de mal grado, el hombre cae en el mal desde el momento en que abandona á Dios.

Esta situación, en cuya virtud los mayores esfuerzos y las consideraciones más nobles del espíritu humano demuestran tanta incapacidad ante los instintos más despreciables y el atractivo de las cosas más bajas, demuestra por sí sola cuán débil, dislocado é indigno del hombre es todo nuestro ser.

Mejor lo demuestra aún nuestra conducta, y con razón incurrimos á cada paso en la contradicción y el vituperio. Hay momentos, desgraciadamente raros, en que somos sinceros con nosotros mismos, y en que nos asombramos de que se nos trate aún con tantos miramientos. No nos comprendemos, nuestra razón se confunde, nuestra conciencia se rebela, se resiste nuestra voluntad; sin embargo, hacemos aquello mismo que deploramos y condenamos, y lo hacemos con conocimiento de causa y con placer.

Tal sucede en nosotros, y tal sucede en los niños; estos pequeños, que llamamos inocentes, están por desgracia muy lejos de la inocencia; los protegemos como á nuestra propia vida, á fin de que no les alcance el mal, pero en vano, pues el mal viene de ellos, está en ellos, se alberga en el fondo de su naturaleza. No es lo que en su naturaleza sensible hay de animal lo que nos causa temor, pues nada saben de eso en sus años más dichosos, á menos que una malicia intencional no los corrompa por la seducción; sino que advertimos en ellos defectos morales mucho antes de que puedan hacer uso de la razón y del lenguaje; la vanidad, la satisfacción de ser alabados, el egoísmo, la arrogancia, la astucia, la insubordinación y el ardiente deseo de llamar la atención y de ser objeto de todos los cuidados. Y aunque hayamos puesto en práctica todos los medios para impedir el desenvolvimiento de estos gérmenes venenosos; aunque hayan crecido bajo las bendiciones de

Dios y de los hombres aquellas plantas humanas cuidadosamente cultivadas; todavía esos mismos seres raros y excepcionales confiesan con el mayor dolor las terribles luchas que tienen que soportar consigo mismos, que no pasan día sin cometer faltas, y que á menudo el mal los coje de improviso en su interior haciéndoles sucumbir. Así los mejores sienten la contradicción dentro de sí mismos, así los más vigilantes son sorprendidos, así también son tentados los Santos y tropiezan. Entre los testimonios que proclaman cuán inclinada al pecado es la naturaleza humana, ninguno conmueve más que el de los hombres buenos y sinceros.

Sí, la más escogida naturaleza está inclinada al mal y contaminada por él, como la del niño. Nadie necesita aprender el mal, porque le trae consigo al nacer; nadie tiene necesidad de enseñárnoslo, porque es innato en nosotros.

11. Corrupción hereditaria del género humano y pecado personal.—Tal es nuestra situación y la de todos; tal es hoy y tal será siempre. El mal no es obra del hombre individualmente considerado, ni el resultado de esta ó de aquella civilización perversa, sino algo que encontramos como existente, algo que se apodera de nosotros, que libremente nos apropiamos, algo que es el germen de todos los pecados personales y la razón de todas las malas tendencias de la civilización.

Sin duda que es formidable hoy la potencia del mal, en esta época de moderno Humanismo, al que atribuye el psicólogo, que entre todos guarda menos miramiento, Max Nordau, la obsesión social, el histerismo social, el delirio moral de las muchedumbres; pero esto existía también antes, existió en todas las épocas de la Historia, de un modo no menos terrible muchas veces. En los buenos tiempos viejos, la Humanidad no fué tampoco lo que debió ser. Acaso jamás el Humanismo fué cultivado tan á fondo y de una manera tan desmesurada como hoy; posible es, pero en ninguna época de la Historia hay que buscar la pura Humanidad.

En este concepto, ninguna época tiene derecho á reprochar á otra, ningún pueblo el de despreciar á otro, ninguna sociedad, ninguna civilización, ninguna tendencia intelectual de las que se dicen puramente humanas tiene el derecho de atribuirse la aureola de la santidad. Hombres, pueblos, épocas, todos han hecho cuanto de su parte estaba para desfigurar la humanidad; todos han laborado en el templo idólatrico del Humanismo; todos se han transmitido la corrupción como una herencia que les habían legado sus antepasados; todos han pecado, todos han legado la culpa y la desgracia á sus descendientes; todos han caído en el pecado, estuvieron en el pecado, fueron al pecado, todos estaban degenerados cuando vinieron al mundo, todos acentuaron esa degeneración por sí mismos, aunque hayan mejorado algo por otra parte en esta degeneración hereditaria; todos han transmitido á sus descendientes el germen de una degeneración ulterior.

Así se propaga el mal, de generación en generación, de época en época; el pecado y la degeneración son comunes á todos, tan comunes como su naturaleza; tan allá como contemplemos el pasado de la humanidad, y poco importa donde le examinemos, en todo tiempo y en todas partes, vemos que el mal es inseparable de ella.

Esta anomalía no forma parte de la naturaleza humana, y, sin embargo, de ella proviene; cuando la humanidad no se entrega al mal por placer ó por desesperación, distingue siempre con tanto dolor como disgusto entre el mal y su propia naturaleza que es buena; pero en ninguna parte es capaz de separar el mal de la naturaleza.

Al encontrarlo uniformemente en todo tiempo y en todo lugar, entre todos los hombres, practicado y transmitido del mismo modo por herencia, el mal debe ser considerado como una enfermedad hereditaria, como una degeneración innata del género humano entero.

Y así es. Los individuos son pecadores; todo el género humano es pecador; el pecado del individuo procede de su

acción libre, la capacidad de pecar del género humano entero es innata y hereditaria. No investigamos aquí de donde proviene esta herencia; no nos ocupamos en refutar la moderna exageración de que cada pecado personal debe ser atribuído á la transmisión hereditaria; basta con que la humanidad entera sea pecadora, y con que sea necesario buscar en ella la causa por qué cada uno de sus miembros se deja arrastrar al pecado personal mediante el abuso de su libertad.

Tal es el hecho que nos explica la marcha de la historia universal: cada hombre, cada pueblo, cada civilización puede decir lo que de sí refiere León Tolstoi: «Yo quería ser bueno y perfecto, por todos los medios de mi alma, pero era joven, tenía pasiones y nadie había para ayudarme. Cada vez que deseaba expresar francamente las íntimas necesidades de mi espíritu, mi deseo de ser bueno desde el punto de vista moral, sólo hallaba en torno mío la burla y el desprecio. La ambición, la pasión del poder, la codicia, el orgullo, la lisonja, todo esto gozaba de consideraciones». (1)

Como aquella sociedad, es la humanidad en más vasta escala; aquel hombre que sucumbe representa á todos los hombres, á todos los pueblos, todos los tiempos, todos los grados de civilización. Nunca se concedería bastante importancia á la influencia del mal general sobre los individuos, los pueblos y los períodos de la historia. Frecuentemente hablamos, queriendo excusar la libertad personal y la responsabilidad, del poder que tiene la opinión pública: lo mismo puede decirse de la moralidad pública ante la que sucumben miles de veces la moral y la conciencia privadas, aun cuando jamás sucede sin culpabilidad personal del que cae.

Esta moral pública de la humanidad corrompida en su germen desde el principio es la causa de la corrupción general. El género humano como unidad, la sociedad misma como organismo, está corrompida y enferma, lo cual pro-

(1) *Revue des revues*, VIII (1894), 516.

duce un efecto pernicioso en cada individuo y le conduce al pecado. No disculpa esto al individuo cuando peca, pero nos explica de donde procede esta general inclinación al mal, que hace de la libertad personal un pecado personal, y por lo mismo, un pecado del que se es responsable.

12. La doctrina del pecado y de la Redención es la clave para comprender la Historia.—Como unidad y como todo, la humanidad está, pues, degenerada y enferma. No sólo son malos los individuos, ni constituye el mal general la suma de sus extravíos; sino que el organismo total de la humanidad, el género humano entero está enfermo, y su degeneración es cosa distinta del exceso de todos los extravíos humanos.

Deliberadamente decimos siempre degeneración ó enfermedad. Muchos se han complacido en exagerar la caída de la humanidad, no encontrando en ella nada bueno, lo cual está en contradicción con el Cristianismo y con la historia. La humanidad está degenerada, pero no enteramente corrompida; su vigor para el bien está debilitado, pero no extinguido; el género humano está enfermo, pero no muerto. En todas partes nos muestra la historia del Humanismo la profanación de la dignidad humana, el retroceso de la humanidad hacia el estado salvaje; pero en ninguna la humanidad verdadera, ni tampoco el aniquilamiento completo de las fuerzas humanas para lo verdadero, lo bueno y lo bello.

Deploramos con dolor profundo la gravedad de la caída del género humano, pero no olvidemos que, á pesar de esto, ó más bien precisamente á causa de esto, merece toda nuestra compasión. No debe jamás ocurrírse nos negarle toda bondad, como si por el pecado hubiese perdido el resto último de sus cualidades.

En esto se basa nuestra convicción de que es posible la salvación para la humanidad y para cada uno de sus miembros. La noble naturaleza humana, esa creación de Dios vivo, no puede enteramente perecer por la flaqueza

del hombre; sufrió, verdad es, una profanación terrible; tiempo hubo en que era el hombre un rey magnífico y sublime, reinando en toda la tierra cuando él mismo prestaba sumisión á Dios. Perdió aquella soberanía, pero conserva á lo menos la capacidad de ejercer por su libre voluntad la dominación de sí mismo: aunque ya no sea rey, es todavía un pobre reyezuelo. ⁽¹⁾

Antes era el hombre una perla preciosa, y esa perla cayó de lo alto del cielo en profundo lodazal; ⁽²⁾ manchada é invisible, no ha perdido sin embargo su valor. Aunque sea muy reducido el número de los que saben apreciarla en ese estado, conserva siempre á los ojos de Dios un valor tal, que descendió del cielo para sacarla del fango donde yace.

Al principio era el hombre un árbol capaz de producir los mejores frutos; desgraciadamente degeneró, y por eso es ahora estéril. No es más que un tronco de oliva silvestre, pero basta ingertarle para devolverle la nobleza de otro tiempo; ⁽³⁾ es la rama seca de sauce, á la que basta ser regada para revivir. ⁽⁴⁾

Tal es el hombre según la idea cristiana, según la mente de Dios. Pero el pensamiento de Dios no puede ser estéril ni muerto; es acción y vida. Dejó al mundo seguir sus caminos durante largos siglos, ⁽⁵⁾ hasta que llegó la plenitud de los tiempos, y con ella el deseado de las naciones; ⁽⁶⁾ época fecunda como una lluvia de primavera, floreciendo al punto en la tierra nueva vida. La perla fué extraída del fango, y fué lavada; del tronco silvestre brotó una vegetación nueva; floreció la rama seca reverdecida.

Estas verdades son la clave de la historia.

(1) Anselm., *Homil.*, 16 (Migne, I, 664 c.).

(2) Anselm., *Cur Deus homo*, 1, 19 (18).

(3) Iren., *Adversus hæres.*, 5, 10, 1.

(4) *Hermas*, 3, 8, 2.

(5) Act. Ap., XIV, 15.

(6) Agg., II, 8.